

Una joya colombiana escondida – la belleza de lo desconocido

En la era de las redes sociales, a veces parece que el mundo se está reduciendo, no porque las distancias sean más cortas, sino porque cada rincón parece ya fotografiado, etiquetado y publicado. Instagram ha facilitado la búsqueda del próximo destino "que debe verse", pero al hacerlo, también ha cambiado la forma en que viajamos.

Ahora, muchos lugares se hacen famosos de la noche a la mañana. Llegan multitudes, se toman fotos y, antes de que nos demos cuenta, la tranquilidad que hizo que esos lugares fueran especiales comienza a desvanecerse. A veces parece que la gente se presenta solo por la selfie y no por la experiencia. Como resultado, la magia es reemplazada por ruido, tráfico y multitudes con su teléfono celular: ¡es raro ver personas con una cámara real hoy en día!

Es por eso que encontrar un lugar casi desconocido y no moderno se siente como un regalo para los curiosos.

Recientemente, nos encontramos con uno de esos lugares raros: un pequeño pueblo ubicado en lo profundo de las montañas de la cordillera central colombiana. Este pueblito, que permanecerá sin nombre, es como una ciudad colonial, con fachadas coloridas, balcones rebosantes de flores y calles estrechas y empinadas. Pero a diferencia de las ciudades coloniales más conocidas, esta permanece en su mayoría intacta por el turismo.

En esta ciudad secreta, no vimos multitudes ni personas que se tomaran una selfie constantemente en medio de la plaza (aunque sí nos tomamos una selfie). Del mismo modo, no nos molestaban en cada paso que dábamos con los vendedores ambulantes que intentaban vender cosas que no queríamos. En cambio, las personas que vimos eran personas locales que pasaban el día charlando frente a sus casas, barriendo las puertas, bebiendo cerveza en el bar local y los niños yendo a la escuela. Se sintió tan auténtico y real.

Nos quedamos en un pequeño hotel boutique, uno que solía ser una casa familiar construida hace más de 160 años. Durante el desayuno, el dueño compartió la historia de la casa, cómo el hecho que la dueña original tenía 25 hijos y la casa tomaba toda la cuadra. Y que hace doce años, este señor lo convirtió en un pequeño hotel. También nos dio recomendaciones de restaurantes locales, de fincas de café que no son diseñadas para el turismo, e incluso nos habló del antiguo cementerio de la ciudad, que no hubiéramos visitado si no hubiera mencionado su historia.

Antes de 1975, el cementerio reflejaba las divisiones sociales de la época, los ricos y "respetables" eran enterrados en el lado derecho, con tumbas y estatuas ornamentadas, mientras que los pobres y los que no eran buenos, eran enterrados a la izquierda: la clase media estaba enterrada en el medio. Irónicamente, los de la izquierda tenían la mejor vista. Al caminar a través de él, casi podíamos sentir la historia, la injusticia y los cambios positivos que la sociedad ha hecho: nos recordó que, aunque no vivimos en una sociedad perfecta, nosotros, como humanos, hemos recorrido un largo camino para eliminar la discriminación y la segregación.

Esta ciudad ha sido uno de nuestros sitios favoritos hasta ahora, no porque sea grandiosa o famosa, sino precisamente porque no lo es. Nos permitió ir más lento, hablar con la gente, escuchar historias y ver realmente la vida cotidiana de un verdadero pueblito colombiano. Todo, desde la comida hasta la hospitalidad, se sentía auténtico, asequible y lleno de corazón.

Lugares como este nos recuerdan por qué viajamos: no con el único propósito de guardar fotos, sino para guardar momentos que se quedan con nosotros, para aprender sobre otras formas de vivir, otros puntos de vista y enriquecer nuestras vidas.

Compartimos este video y fotos no porque queramos etiquetar la ciudad o publicarlo en Internet, sino porque queremos compartirlo con aquellos que realmente quieren compartir esta aventura con nosotros.

Scott y Mafe

1 de noviembre del 2025



<https://youtu.be/0aujcBm28mg?si=b61bDP5xK32tjqE6>